

11

poemas de

JAIIME SILES

LEÍDOS EL 12 DE ENERO DE 2010 EN
LA RESIDENCIA DE ESTUDIANTES



POESÍA EN LA RESIDENCIA

ÍNDICE

5	Poética dedicatoria
7	Muelle de poniente
8	El colibrí atardece
12	El tiempo del diamante
13	Yoyear
15	El jugador de póker
17	Retrato de ausentes
22	Jazmines en Florencia
24	Hacia la flor perpetua
26	Sucesión de desnudos
28	Plaza de San Pedro en Faro
29	Nota biográfica

POÉTICA DEDICATORIA

Aquel acto de habla
que lleva las palabras
más allá del lenguaje,
más allá del pensar;

que cree que lo que dice
no lo dice quien habla
sino que es pronunciado
por otra identidad,

por la que quien nos habla
se disfraza de habla
para que la palabra
se quite su disfraz

y lo que quede sea
el yo de lo que habla
al yo de la palabra
que nunca es nadie más.

A ese yo del habla
que es todas las palabras
más allá del lenguaje,
más allá del pensar,

donde el poema habla
sin voz y sin palabras
un extraño lenguaje
que es otra identidad.

Al balbuciente dios
de todas las palabras
que enmudece su habla
y oculta su callar.

Al dios que ya es el habla
de las mismas palabras
y a ti, Ignacio
Prat.

(De *Colección de tapices*, 2008)

MUELLE DE PONIENTE

Van las horas limando lentamente
este lento lugar ensimismado,
este jardín de jade jaspeado
y este inútil vivir. En el poniente
de la vida, ¿qué hay, desde qué lado
puedo mirar hundido en la corriente
lo que ya fue, lo que yo fui, lo que ha quedado
de su fluir voraz? Inútilmente
veo la luz difusa de la tarde
cómo se agita y fulge y brilla y arde
mientras todo en su entorno se diluye
y miro lo que muere y lo que huye
como yo por el filo de la tarde.
De nada servirá el ser valiente,
de nada servirá el ser cobarde,
si todo lo que soy es lo que fluye,
si todo lo que soy es lo que arde.
De nada servirán, no, no, de nada
este yo, este día y esta tarde.
Todo se irá y, tal como ha venido,
regresará, regresará más tarde.

(De *Colección de tapices*, 2008)

EL COLIBRÍ ATARDECE *

Un punto de rubí
sobre la arena roja
señala al colibrí
que se deshoja
—pluma u hoja—
en la lágrima oculta en el tapiz
que acelera el ritmo de las cosas
y las rosas son de pronto rosas
como yo soy este yo que habla aquí.
Para ti he tejido este tapiz,
para ti he cortado estas rosas,
para ti el veneno de las cosas
ha dejado de pronto de existir.
Sí: así, así, así, así
estoy oculto en esta y
que anuncia identidades peligrosas
sobre un sinfín de voces acuosas
en que faunos y ninfas reposan
en la fuente de mármol de un jardín
reflejado en el fondo del tapiz
en el que los sátiros no osan
desnudar el sentido de las cosas
ni descorrer la luz de su raíl;
en que cada palabra es un desliz
resbalado del río de las rosas
que el colibrí deshoja
—pluma u hoja—
del rizoma del aire para sí.
¿Dónde estaba, dónde estuve, dónde vi
aquel plumaje de su nieve roja
herir los cuerpos y borrar las cosas
de raíz? De raíz fue arrancada, de raíz
toda la sustancia numinosa
de todo aquel verano raro y rosa
que, como su espuma misteriosa,
para siempre, para siempre, yo perdí.

Dime, dime, di
de qué color de nada era la rosa
que, como una naciente nebulosa,
entre las olas y la luna vi:
¿era la muerte aquella silenciosa
paseante nocturna presurosa
que sostenía un cáliz y una rosa
y bebía del vino de la diosa
entrevista en la niebla de perfil?
No: no era a nadie, no era a nada, no era a mí
a quien la breve luna temblorosa
rodeaba de estaño perla y rosa,
como a un objeto a punto de morir.
No: no era a nadie, no era a nada, no era a mí
a quien aquella tinta temblorosa
esparcía en página o en hoja
para que la comiera el colibrí.
El colibrí de soja y de rubí,
el colibrí de seda sinuosa,
el colibrí de verdes sombras rojas
que atraviesa la tarde porque sí.
Quien se busca a sí mismo sólo así
encuentra este teatro de la noche
en el que las bengalas son el broche
de todo lo que había que decir.
Bengalas o rizomas, dime, di
si es esta pedrería de la noche
lo único que existe siempre en ti:
porque quiero saber si no o si sí
el espectáculo es este derroche
de palabras dispuestas como un broche
que abren y cierran lo real en sí;
porque no hay otra tumba que el marfil
ni hay otra nada que esta rosa
cuando la vida anula cada cosa
y el pensamiento es la cosa en sí.
¿Por qué, por qué, por qué llegar aquí?
¿Por qué anegar el río de las rosas?
¿Por qué negar la nada de las cosas

y decir sí a sólo su decir?
Decir no o decir sí
es el lento veneno de las cosas
como el lento perfume de las rosas
es el rumor que extienden desde sí.
Estoy delante de la tarde roja
mientras el colibrí que la deshoja
no sabe que lo miro desde aquí:
va mordiendo las flores de un jardín
que sólo existe en el espacio
que está tallado dentro del topacio
de las gredas y granos del maíz.
Está ahí
la muerte que camina con mis pasos
por la sangre de todos los ocasos
de los soles y cielos que perdí.
Está ahí
disuelta en la sangre del ocaso:
no tiene tiempo porque va de paso
y no huele las gotas del jazmín.
Está ahí
la muerte que camina con mis pasos,
la que licuó la luz de los ocasos
y se hizo topacio en el maíz.
Escucho en la penumbra de un jardín
como una melodía silenciosa
de pétalos caídos de una diosa
movidos por la luz de un violín:
suenan como los saltos de un delfín
en el agua sedienta de los pasos
que la luz difumina en los ocasos
y la luna disuelve en su confín.
De zinc, de zinc, sólo de zinc
es la lenta penumbra de los pasos
dados sobre el tapiz de los fracasos
de una noche de ónice sin fin.
Por fin, por fin, por fin
llegar hasta la nada paso a paso
renaciendo y muriendo en cada ocaso

entre las turbiedades del decir.
Decir, decir, decir: decir acaso
que el sentido habita siempre al raso
como lo hacen el yo y el colibrí.
Ningún significado tiene aquí
la luz casi nublada del ocaso
ni la sintaxis con que cada caso
deja su sombra escrita por ahí.
Aquí, aquí, aquí
estamos de visita o de paso
mientras un dios se bebe nuestro vaso
y lo arroja, vacío, por ahí.
La tinta de la vida no es añil.
Su único sentido es el fracaso:
hundirse en la penumbra paso a paso
y florecer en mayo —o en abril—
sin saber por qué no ni por qué sí
la nada va guiando nuestros pasos
por la delgada luz de los ocasos
hasta la negra línea carmesí.

* «El colibrí atardece» es un verso de Ernestina de Champourcín.

(De *Colección de tapices*, 2008)

EL TIEMPO DEL DIAMANTE

Mirar todas las cosas transformadas
en la quietud profunda del instante.
Verlas dentro de él petrificadas
en su móvil distancia equidistante.

Escucharlas caer precipitadas
en la nada unísona sonante
y volverlas a oír resucitadas
en el vivo destello del diamante.

(De *Actos de habla*, 2009)

YOYEAR

Establecí mi patria en las palabras
y mi cuerpo también:
fijé mi vida sobre ellas
y quise ser lo mismo
que ellas habían sido para mí:
un cuerpo claro que me reflejara
el otro mundo que sólo a veces es
el otro mundo claro
por demasiado oscuro
en el que lentas luces indirectas
iluminan el fósforo fugaz de nuestro yo,
ese que sólo brilla en la quietud
del fondo lateral del légame
que apura aquello que produce:
el espejismo explícito
de formas que parecen
no tanto figuras egomórficas
como actos de habla de alguien
condenado inevitablemente a yoyear,
a producir remedos
de un discurso sin lengua,
interrumpido siempre
por el agua y que disuelve
las acuarelas de su nada pura
cada vez que una pausa de sentido
se convierte en una pausa de dolor
también.
¿Cuándo yoyea el yo? Sólo en su pérdida,
que es cuando camina cabizbajo
a la sombra o la duda
de un extraño y constante resplandor.
Todo se borra menos aquello que lo anula.
¿De qué, de quién, de dónde
esta ausencia de yo?
Yoyea en mí la luz el lomo de un instante.
¿Yoyeo yo en la nada

o yoyea en mí su resplandor?
Yoyear de la nada en la vidriera
de una voz que no ha llegado nunca
a ser lenguaje.
Yoyear de la nada en el inexistente
lenguaje de esa voz
en la que oigo
los ecos del latido perpetuo del mundo,
los ecos del latido mutilado de Dios.
Los ecos, pues, del eco.
Ego: eco. Ego ecco.
Ego: yo.

(De *Actos de habla*, 2009)

EL JUGADOR DE PÓKER

Crecía como el mar también el cielo
derrotado y hermoso
de nuestra juventud.
Aún veo el ritmo lejano de sus barcas
moverse al son undoso de aquel tiempo
que me cuesta creer que, como yo, existió.
Retengo
no su realidad, pero sí sus imágenes
y por ellas —o mejor: por el recuerdo de ellas—
reconozco a alguien que, en cierto modo,
me recuerda a mí:
es más delgado y joven, pero se me parece
e incluso puede que sea o que haya sido
también el que fui yo.
Por eso puedo hablarle, aunque él no me escuche:
pertenece a otro tiempo en el que yo no era
el mismo que ahora soy.
El tiempo palidece cada vez que lo cercan
impresiones difusas
que ponen sobre el fieltro de un tapete cambiante
las diluidas cartas de una no menos
difusa identidad. Bajo una vela fúnebre
se mueven luz y sombra
y todos los presentes se borran en el lienzo
de un único pincel
que sólo la memoria retiene algunas veces
y que anula todo vestigio de color:
craquela el tiempo la visión del mundo
y sobre los desconchados de la estancia
se extiende sólo el agua mortuoria
que humedece el suelo de las habitaciones
y amenaza la base de los muros y ángulos
de lo que antes pudo ser pared.
Todo se mueve y cada jugador dispone
el breve abanico de sus cartas
aun sabiendo que el juego de la vida consiste

en el manejo de las posiciones
y en la composición de rápidas figuras
que cada jugador acaba por perder.
En el undoso movimiento de las barcas
crece el mar como el cielo
de nuestra derrotada y hermosa juventud.
¿Qué ritmo mueve la mortecina luz de la memoria?
¿Qué tenue sombra hace que el craquelado lienzo
de la vida siempre esté dentro de su morir?
Sólo morir o algo que fluye sobre el tiempo
y que deja su encaje de rocío o de escarcha
sobre el que la belleza muestra
la arquitectura de su fragilidad.
Un instante sin tiempo bastaría
para que todo el proceso de la nada
reiniciase su nunca interrumpida
y fúnebre marcha triunfal.
Pero el yo entonces dónde.
Mirad el cuadro: ya no tiene ni marco
ni lienzo ni línea ni sombra ni pared.
Mirad el cuadro de la nada perpetua
diluirse en el tiempo del movimiento de las cartas.
¿Es la nada lo único que la nada nos da?
¿Es la vida la rosa de la nada?
¿Es la muerte la espina
con que nos sigue hiriendo su invisible rosal?
En el tapete de esta noche última,
¿qué nada me traerán mis pobres cartas
y, sobre todo, qué es lo que todavía me queda por
jugar?
No me fían ni el tiempo ni la banca
y el fieltro de la mesa no acompaña
perdido, como el humo en el aire,
en los gastados relieves de su rugosidad.

(De *Actos de habla*, 2009)

RETRATO DE AUSENTES

A Gaetano Chiappini

Cómo eran, Dios mío, las sesiones de cine improvisadas dentro de las casas con películas «del Gordo y del Flaco», de «Jaimito» y de aquel pobre idiota llamado «Tomasín».

Padres, tíos y abuelos rememoraban ideales momentos de infancia o juventud, mientras un aire turbio, de triste blanco y negro, llenaba el espacio, no menos triste acaso, de aquella habitación.

A las seis o las siete los domingos de las tardes de invierno el cine era un minúsculo zoo donde un tiempo irreal superaba el histórico con las nostalgias, en los mayores irredentas, de un pasado más puro, más pleno o más feliz. Yo no tenía los suficientes años aún para saberlo, pero ya entonces me aburrían aquellas carcajadas proferidas por el insulso pretil de tantas bocas que, con restos aún de la merienda entre los dientes, intentaban combatir a cualquier precio la miseria de la mentira, el silencio y la desolación. Ahora que aquellas viejas máquinas de cine han desaparecido de las casas, como casi todos mis mayores que hacían posible aquella proyección, me ha venido a la mente su memoria al ver una de ellas en una de esas salas de subastas que renuevan el tiempo y, con él, la simultaneidad de ejes del dolor. Vuelvo a ver las películas y, más que a ellas, veo la oscuridad

de cuanto funda todo tiempo presente
mientras la nada de las cosas teje
una no menos falsa claridad:
ésta con la que miro
aquel tiempo pasado hecho presente ahora
por una concreta coincidencia
basada en una fugaz asociación.
Tal vez lo que ahora pienso
de aquellas tristes tardes de domingo de invierno
no era del todo así, y soy víctima
de otra más de las trampas del tiempo
que añade a lo ya sido
el óxido también de lo que no pasó.
Tal vez sólo por eso recuerdo hoy
las tristes tardes de domingo de invierno
que duraban acaso demasiado
o, al menos, tanto como todavía las recuerdo
en el espacio mudo e irreal del péndulo
en el que la memoria las proyecta
sobre el débil lienzo de la imaginación.
Lo que hay en la memoria es la nada del mundo.
Lo que somos no conoce otra voz.
Su música nos llama, pero no nos responde:
cuando llega a nosotros aquel no es nuestro yo.
Ya no nos pertenecen
aquellas tristes tardes de domingo de invierno
en las que el cine improvisado dentro de las casas
era un subterfugio
para huir del monótono ritmo de los días
y conjurar otra realidad,
que no era exactamente la del cine
sino la que imaginábamos nosotros
bajo el torpe correr del celuloide
a la luz de unas lámparas de cristal color plata
que encendían dentro de nosotros
una multiforme y difusa ilusión
de que algo nuevo y distinto
iba allí de pronto a suceder.
Pero nunca pasaba nada,

nunca pasa nada
salvo las ilusiones que ponemos
en eso que se supone va a pasar.
Por razones que ignoro y no vienen al caso
aquellas viejas máquinas de cine
fueron siendo sustituidas poco a poco
por la televisión
y se inició así la decadencia
de aquella infancia mía
antes de convertirse en juventud.
No sé por qué recuerdo esto
esta mañana, cerca de Florencia,
donde todo es de oro
y millones de ángeles
alancean el aire
con un sinfín de alas
que hieren la visión.
Ignoro qué registro tenemos de las cosas,
pero algunas perduran en nosotros
como, en el verano,
los fáciles compases de una trivial canción.
Las conservamos
y en un momento dado afloran de su pecio
desde el olvido en el que permanecen
como tantos objetos de la vida
y como las vivencias que les dieron
su antiguo resplandor.
Todo está vivo y muerto al mismo tiempo.
Todo fluye por un río sin fin.
Nada comienza:
lo que digo y yo ya estamos muertos
como lo están estas tardes de cine
que, a la luz de aquellas viejas máquinas
que nos lo proyectaban,
esta mañana, cerca de Florencia,
he vuelto no sé por qué a recordar.
Será que la memoria tiene su vida propia
y que la nuestra se pliega a sus caprichos
que, a su imagen, componen nuestra realidad.

Nos pueblan los fantasmas
como sombras de un cuadro imaginario
en el que se refleja
lo único real que nos pasó.
Aquellas largas tardes de domingo de invierno
en las que vimos proyectadas
en las cómicas figuras de otro tiempo
la pantalla perdida para siempre
de la única vida que merece vivirse:
la de los dulces días de la imaginación.
El resto es calderilla y en muy poco consiste,
pero esa otra vida, de la que ahora hablamos,
¿dónde transcurre, dónde
si no es en el yo,
ese lugar vacío donde no vive nadie,
nunca ha vivido nadie
sino sólo el dolor?
¿A qué lugares muertos
su olor nos aproxima?
¿Qué perfume de tiempo
hay dentro de su olor?
Como una tumba etrusca transcurre la existencia,
aunque su desarrollo es más bien al revés.
Las figuras sedentes que nos miran, no hablan:
comen el oro de los días
y se beben de un trago su difícil color.
Nada los turba sino un sol de bronce
que divide las horas
según su inútil resplandor.
Lo que queda de ellas lo baten
los muertos en la fragua
y cocinan con ello un líquido fulgor
donde las piedras sin idioma hablan.
Nosotros asistimos a su conversación:
los oímos hablar en la distancia
y creemos que somos nosotros,
pero son ellos quienes hablan y hablan sin parar.
Los escuchamos como en el cine mudo
se escuchaba la inexistencia misma de las voces

que estaban, como éstas, sonando sin cesar,
que seguían sonando,
que siguen todavía sonando
como éstas.
Por eso las oímos
las tardes de domingo de invierno
como un coro de ánimas
que sonara y sonara sin cesar.
¿Y qué es el yo sino un coro de ánimas?
¿Qué es el yo sino las voces de un vacío lugar
en el que nunca ha sucedido nada?
Yo he estado en él
algunas tardes de invierno en los domingos
en las que el cine de otro tiempo añadía
a la lenta miseria de las cosas
un raro y tibio resplandor: una
inespecífica nostalgia
que es tal vez la que siento
mientras escribo este extraño poema
en el que vuelvo a estar,
acaso para siempre,
dentro y fuera de mí
como en las tardes de cine
los domingos de invierno
cuando aún ignoraba
la existencia del tiempo
y no tenía idea de que existiera el yo.
Exactamente igual que hoy
que he vuelto a estar fuera del yo
porque he vuelto a estar también fuera del tiempo.

(De *Actos de habla*, 2009)

JAZMINES EN FLORENCIA

A José Luis Rey

El jazmín es la nieve de Florencia
y su perfume, la escala musical
por la que ascienden las hojas
y las flores de su voz
que vive sólo en la región del aire
y la recorre como un río su cauce
y este olor a tiempo es su caudal.
¿Qué es lo que fluye por este olor aéreo,
verde y blanco de siglos
que han ido tatuando
de visión y de olfato
esta ocre pared que ahora miro
como si un espejo de pronto la borrara
y el espacio del tiempo
volviera a concentrarse
no tanto en ella como en su percepción,
en lo que en ella he visto
y nunca más veré:
este brote de luna vegetal
en la breve bisagra de los siglos
mientras la noche que con ella avanza
va borrando las invisibles huellas
dejadas en el aire
por la muerte de quien,
acaso sin saberlo,
ve por última vez este jazmín?
Ya casi es verano,
pero nieva en Florencia:
vamos nevando todos sobre ella
como nieva también sobre nosotros,
todavía en el aire,
la espuma ya licuada de Florencia
reducida de pronto en la memoria
a ser eterna presencia de un jazmín

sobre el que nieva
únicamente la sensación del tiempo
con el cortejo fúnebre de notas
que todavía siguen exhalando
la blanquidulce verticalidad de su color.

(De *Actos de habla*, 2009)

HACIA LA FLOR PERPETUA

No esperes demasiado de la vida:
es un río de lecho no profundo,
rápido curso e inútil caudal
y del que sólo valen la pena los meandros.
El resto de su cauce carece de interés.
Así que no te engañes:
pasea sólo por las aguas que te llevan a ti.
Sé, como ellas, reflejo de colores
y piedras transparentes
donde se copia el cielo de una nube fugaz
y en las que nada queda sino lo que se pierde,
lo que contigo va, lo que acaso eres tú:
la sensación borrosa de la pérdida.
Pero engáñate a veces,
sabiendo que te mientes,
y piensa que la vida es un río
de cauce muy profundo, lento curso
y útil discurrir
en cuyas quietas aguas
es la inmovilidad quien se refleja
y en las que, como el nácar rosa
de una nube en el cielo, se pierde
la sensación borrosa de la nada
que a veces se confunde
con la ficción de nuestra identidad.
Pero no somos eso
sino la sombra de una informe
realidad que miente
mientras nos diluimos
en un tiempo perpetuo
que parece la sucesión de puntos
en un río que cambia tanto
como la inmóvil dureza de un cristal.
Tampoco en otra vida
dejamos de estar muertos
porque en ninguna muerte

se deja de vivir.
La nada tiembla pero no es el tiempo.
La nada es sólo lo que dice yo:
esta creciente sensación siempre borrosa
de estar en las afueras de la vida
y estar continuamente
aprendiendo a vivir.
Dadme la rosa de la nada última
una de nuevo aún siempre última vez.
Dadme la sensación borrosa de la nada
sin la cual no podría ni sabría vivir.
Devolvedme a lo único que de verdad soy yo:
devolvedme a la nada
y soplad después esparciendo en el aire
la leve lentitud de mi ceniza
tanto como su pobre espuma líquida
dispersa pueda
en la nada del mundo dar de sí.
Dónde el aroma de la flor perpetua.
Dónde el único mar del existir.
Cómo resbala el aire por la voz.
Cómo resbala la voz por la ceniza.

(De *Actos de habla*, 2009)

SUCESIÓN DE DESNUDOS

III

Azul sobre la cama
blanca, resplandeciente
caía su pijama
delante de mi frente.

Era como una llama
soplada de repente
lo que su fronda en flama
encendía en mi mente.

Y todo lo que brama
y todo lo que siente
iba de rama en rama
a dar en mi presente.

Y cómo se derrama
por la luz lentamente
la carne de la dama
desnuda en el poniente.

No sé cómo se llama
ni sé cuánto me miente:
sólo sé que me ama
intermitentemente.

Y sé que me reclama
su cuerpo iridiscente
y sé cuánto me inflama
su cárdena simiente.

Azul sobre la cama
blanca, resplandeciente
caía su pijama
delante de mi frente.

Como en un panorama
veía de repente
la rojinegra llama
de su cielo rompiente

y, en medio de la grama,
bajar por mi pendiente
la lengua de la dama
bajo la luz muriente.

Como en un diorama
proyectado en mi mente
veo aún la retama
caer desde su frente,

resbalar por la cama
y, acompasadamente,
diluirse en la llama
de los dos juntamente.

Ardida como un lama,
desnuda, transparente
su piel no gime, clama
abierta por su frente

y allí donde la lama
en su vello consiente
se resuelve la trama,
se disuelve la mente,

porque no hay otro drama
que dos cuerpos enfrente
disueltos en la llama
bajo la luz poniente.

(De *Desnudos y acuarelas*, 2009)

PLAZA DE SAN PEDRO EN FARO

A Manuela y Nuno Judice

En esta plaza de San Pedro en Faro llueve
no se sabe si flores o si pájaros.
Junio extiende su tinta sobre el suelo
como la sombra el sol en el espacio
y la muerte aparece en la penumbra
como el óxido en las cadenas de los barcos.
Flota en un ritmo lento la mañana
mientras todo se va emborronando:
esta visión del día es otro día,
y este ahora borroso antes fue claro.
Desaparece todo lo que veo:
se abisma en la región de lo lejano
y yo me voy quedando en esta plaza
como un lento jardín difuminado
donde podré perderme o me he perdido,
donde podré buscarme y ser hallado
no en este lado de la plaza, no en otro
como el líquido vuelo de los pájaros
que se beben la tinta de la tarde
y atraviesan sus sombras muy despacio.
Como ellos en mí, así atardezco
en esta plaza de San Pedro en Faro:
cuando vuelva la luz seremos sólo,
como estas flores y como estos pájaros,
una lluvia de nácar violeta
en esta plaza de San Pedro en Faro.

(De Desnudos y acuarelas, 2009)

NOTA BIOGRÁFICA

Jaime Siles (Valencia, 1951). Doctor en Filología Clásica por la Universidad de Salamanca. Actualmente es catedrático de Filología Latina en la Universidad de Valencia y presidente de la Sociedad Española de Estudios Clásicos. En 1973 obtuvo el Premio Ocnos; en 1983, el Premio de la Crítica de País Valenciano y el Premio de la Crítica Nacional; en 1989, el Premio Internacional Loewe de Poesía; y, en 1998, el I Premio Internacional Generación del 27. En el año 2003 fue distinguido con el Premio Teresa de Ávila concedido al conjunto de su obra y, en 2004, con el Premio de las Letras Valencianas. En 2008 sus libros *Colección de tapices* y *Actos de habla* obtuvieron el Premio Nacional José Hierro y el Premio Internacional Ciudad de Torrevieja, respectivamente. En 2009 recibió el Premio Tiflos por *Desnudos y acuarelas*. Ha sido crítico en la revista *Blanco y Negro*, en *La Razón* y en *El Cultural de El Mundo*, y actualmente lo es de *ABCD*. Es Académico de Número de la Real Academia de Cultura Valenciana, Académico Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos y Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

